

CAPITULO XI.

COMBATES.

Una vez que se nos forzaba á abrir la campaña que no queríamos emprender, en espera siempre de algun avenimiento, las principales fuerzas de Mazatlan salieron al mando del coronel Almada á situarse en Concordia, y las de Culiacan debian obrar en combinacion sobre la sierra, segun los arreglos celebrados con Aragon; pero con profundo disgusto se recibieron las noticias que llevaban los exploradores á Culiacan, anunciando que aquel jefe estaba quebrantando el convenio, pues que á la vez que enviaba fuerzas sobre los pequeños destacamentos que teniamos en el camino de Mazatlan, otras habian invadido el mismo Distrito de Culiacan. Tal proceder no iba conforme ni con la palabra del militar ni con el honor del caballero, y fué preciso que fuera otro comisionado, el coronel Don Arcadio Vega, á pregun-

tar al coronel Aragon lo que aquello significaba. Las evasivas con que contestó y las intenciones manifiestas de sus movimientos, nos revelaron que su plan consistia en caer de sorpresa sobre la fuerza que mandaba el coronel Palacio en Elota, lo cual sucedió efectivamente, y esto cuando se encontraba allí el general Toledo de paso para Mazatlan.

La sorpresa alcanzada con un ardid tan poco noble, fué completa, pero las pérdidas causadas al destacamento insignificantes.

Entónces ya no fué posible que la brigada del coronel Granados saliera de Culiacan, porque era tanto como dejar cuatro distritos en poder del enemigo.

Pero sí salió el resto de la fuerza martinista de Mazatlan, quedándose allí de guarnicion un cuerpo de la 4.^a Division de Corona, mandado por el Gral. Bibiano Dávalos. Habíase convenido de antemano en que este jefe guardaria con su cuerpo una actitud enteramente neutral en los asuntos de Sinaloa; pero los oficiales empezaron á simpatizar con la causa de Martínez. Sepúlveda que permanecia allí siempre vigilante, lo observó, y temiendo un pronunciamiento, empezó á invitar á Dávalos para que aprovechara los momentos en que estaba solo Martínez, para terminar de un golpe la revolucion. Dávalos contestó que no mancharia su nombre faltando á la palabra empeñada por él y por su jefe de no mezclarse en aquellos asuntos, por más que supiera que tenía que res-

petar sus indicaciones, toda vez que era el consejero y el amigo querido del general Corona.

Entonces Sepúlveda propuso otro medio que Dávalos no tuvo inconveniente en aceptar: este medio fué que el primero contratara un buque para que el segundo pudiera embarcarse con sus fuerzas para Guaymas.

El buque fué alistado secretamente, y se fijó el día en que debía hacerse el embarque de la tropa, ántes de que llegara por agua la brigada de Granados que se estaba esperando. Había convenido esparcir este rumor para la seguridad de Martínez y el mejor éxito de las operaciones militares.

El día en que estuvieron concluidos los preparativos para el embarque del cuerpo neutral, la población sufrió alguna alarma, porque se situaron centinelas que no dejaban transitar á nadie por las calles inmediatas al muelle, con orden de hacer fuego á los que se aproximaran. Con los disparos que provocó esta medida, murieron dos hombres del pueblo, sin saber ni por qué causa.

Al saber el general Martínez lo que pasaba, montó á caballo, y seguido de dos oficiales se dirigió á la Aduana, en donde le dijeron que estaba el motin. Fué recibido á balazos; pero avanzó hasta ordenar de viva voz que cesara el fuego. El jefe del cuerpo se presentó dando sus disculpas. Martínez le dijo:

—¿Por qué se alarma así á la población?

—Se va á embarcar el cuerpo y....

—¿Quién lo impide?

—Nadie, pero.....

—Me parece que no hay necesidad de derramar así la sangre de los ciudadanos.

Y el mismo Martínez dictó las órdenes convenientes para que se restableciera la calma y el cuerpo federal se embarcara lo más pronto posible.

Si el general Martínez hubiera querido impedir el embarque del cuerpo, no tenía más que pronunciar una palabra; pero léjos de eso, mandó llevar asientos al muelle, en donde estuvo viendo desfilas la tropa que lo victoreaba al pasar, lo mismo que al entrar á los pangos que le conducían al gran buque de vela preparado para hacer la travesía á Guaymas.

Después de dicha operación, se volvió tranquilamente á la casa de gobierno.

Sepúlveda se ocultó, temiendo que se hubiera descubierto que él era el autor de aquella intriga, en que la causa de Martínez perdía un magnífico cuerpo de línea con que hubiera contado más tarde. En seguida salió furtivamente de Mazatlan, no obstante que nadie se ocupaba en perseguirlo, por lástima ó quizá por desprecio.

Hasta ese momento, mi papel en los sucesos de Sinaloa se había reducido á escribir en los periódicos conforme al dictado de mi conciencia, desnudando á la vista del pueblo á los hombres públicos, que habían estado cubriéndose con el ropaje de la intriga; se me admitió como correligionario en los consejos que celebraban los jefes de la revolución, y en mi calidad de amigo los acompañaba en los peligros y les ayuda-

ba en todos los trabajos de escritorio, sin que tuvieran éstos ningún carácter oficial, hasta que el Gral. Martínez consideró que podría serle útil en su nueva administración, nombrándome prefecto del distrito de Culiacan, cargo que acepté y desempeñé por muy corto tiempo, no obstante haber sido más encumbra da mi posición con Rubí, porque se trataba de un gobierno popular en el Estado, cuya política iba de acuerdo con mis convicciones. Mi idea persistente era regresar á Guadalajara, luego que se determinara la situación de Sinaloa, teniendo en cuenta que apenas había lugar allí para dar cabida á las nacientes aspiraciones. Por otra parte, había salido electo diputado por los distritos de Cosalá y San Ignacio, y podía, y no sólo podía sino que ambicionaba, ocupar un asiento en el Congreso general. Aun con ese fin, y con anuencia de los jefes de mi partido, insté repetidas veces al general Rubí para que me diera los viáticos del viaje que la ley señala; pero Rubí cerró las puertas á mis legítimas pretensiones, aconsejado por los que temían que fuera á perjudicarles con mis informes en la capital de la República.

Ejercí, pues, mi cargo de Prefecto por una corta temporada, procurando en él que los ciudadanos tuvieran garantías y no hacerles mal alguno. En la apariencia al ménos, los habitantes de aquel distrito manifestaron quedar contentos de mí; no sé si en el fondo tendrían algo por qué maldecirme, pues la verdad raras veces logra abrirse paso hasta los oídos de los que mandan. Por mi parte, dejé aquella hermosa ciu-

dad de Culiacan con la conciencia tranquila y seguro de no haber causado perjuicio á nadie voluntariamente. Dejé buenos amigos, que despues han seguido dispensándome su aprecio, y yo traje conmigo de esa agradable y melancólica población los más gratos recuerdos.

El Distrito de Cosalá, en su mayor parte minero, se haya naturalmente defendido por montañas inaccesibles y presenta por todos lados sinuosidades que hacen difícil y pesado el camino del viagero que va en una buena mula á cualquiera de sus asientos minerales. En un espacio de mas de cincuenta leguas no hay mas que pasos difíciles y puntos muy apropiados para la defensa militar, lo cual hizo que nunca se presentaran allá los franceses. Hay desfiladeros en que con diez hombres puede impedirse el paso á cualquier ejército. Por esa circunstancia hubiera sido un delirio pretender atacar al coronel Aragon en aquellas madrigueras para castigar la conducta páfida que había observado, no obstante que en nuestros gefes y tropa reinaba un gran entusiasmo para emprender aquella campaña. La prudencia aconsejaba no ir á luchar contra las asperezas del terreno y se pensó en sacar al enemigo de allí por medio de la estrategia.

Se dispuso que anelara un buque en el puerto de Altata, distante unas quince leguas de Culiacan, en el cual debería embarcarse, como ya antes se había prevenido, la Brigada de Granados para trasladarse á Mazatlan. Se hicieron los preparativos de marcha de modo que la noticia cundiera por todas partes.

Tan luego como se supo esto por el enemigo, se movió también lleno de confianza yendo á situarse en el pueblo de San Lorenzo distante unas 18 leguas de Culiacan. El coronel Aragon destacó la mitad de su fuerza, esto es, unos cuatrocientos hombres sobre el coronel Adolfo Palacio que estaba de observacion por Elota con 200 de caballeria.

Granados, como que no fijaba la atencion en estas maniobras, salió en el dia que habia designado con rumbo al puerto de Altata, pero apenas habia andado unas cuantas leguas cuando contramarchó violentamente para San Lorenzo. Yo abandoné la prefectura á otras manos, deseoso de hacer aquella campaña, ya porque me hiciera falta una vida mas activa, ya porque no queria dejar escapármese la oportunidad que se me presentaba de ver como se batia un valiente de tanto renombre como Jorge Granados.

En el camino encontramos á D. Fortunato de la Vega quien nos informó habia sido plagiado por el coronel rubiista D. Francisco Miranda, consiguiendo á duras penas su rescate por la cantidad de mil pesos. El doble de esa cantidad fué quitado á otros dos comerciantes también plagiados el dia anterior por las fuerzas del Sr. Aragon.

En la noche de ese dia que supo el enemigo con verdadera sorpresa nuestra aproximacion, se salió violentamente y en desorden de San Lorenzo yendo á situarse en un punto ventajosísimo llamado Las Mesas.

El 5 de Marzo de 1868 llegamos á eso de las doce

del dia al pueblo de San Lorenzo: allí supimos que el general D. Cleofas Salmon, que mandaba la columna enemiga que se habia destacado sobre Adolfo Palacio, todavia no se incorporaba al grueso de las fuerzas de Aragon, lo cual hacia comprender que este no podia retirarse de las Mesas dejando aquella fuerza comprometida. Entonces decidió Granados librar el combate mandando desde luego á las guerrillas á que hostilizaran al enemigo, observando todas sus posiciones.

Se dió un ligero rancho á la infanteria y á la una y media de la tarde nos pusimos en marcha descubriendo á poco al enemigo posesionado de un punto formidable. Era una eminencia plana en el centro como una mesa, pero escarpada é inaccesible por todos lados. No habia mas que un flanco abordable, ligeramente peñascoso, encumbrado y defendido naturalmente por un ancho rio que solo podia vadearse con comodidad en pasos lejanos.

Al llegar nosotros, la caballeria se estaba cambiando algunos tiros desde el lado opuesto del rio con el enemigo. Granados mandó que aquella simulara una carga y se retirara fingiéndose derrotada, mientras él se emboscaba con la infanteria entre unos espesos matorrales. Se hizo como se deseaba y el enemigo cayó en el lazo, pues bajando de sus posiciones al rio, emprendió la persecucion de aquella caballeria desordenada. En ese momento se dejaron ver los cuerpos de infanteria haciendo un fuego vivo de flanco, introduciendo la confusion consiguiente en las filas enemigas.

Muchos muertos y heridos quedaron en el campo: nosotros solo tuvimos cuatro hombres heridos y unos veinte dispersos.

La papelera de Aragon con documentos importantes, algun parque y muchas armas, fueron el botin de esta jornada. El terreno montuoso impidió coger muchos prisioneros, pero Aragon se retiró solo con cinco hombres reunidos.

Al mismo tiempo el coronel Palacio derrotaba la fuerza con que el coronel Salmon habia ido á provocarlo; de suerte que en unas cuantas horas quedaron destruidos aquellos ochocientos hombres, que tanto dinero habian costado al Estado y á la Federacion.

El gobierno de Rubí, despues de esta victoria alcanzada por nosotros, quedaba circunscrito al mineral de Pánuco, en donde con grandes trabajos y miserias podia apenas mantener á cuatrocientos hombres, únicos que le servian de apoyo en todo el Estado.

Debió creer, como nosotros, que su fantástico gobierno era á aquella hora una sombra que se le escapaba.

CAPITULO XII.

EL 8 DE ABRIL.

Pernoctamos en un rancho inmediato á Las Mesas y temprano se puso en marcha la columna para Cosalá, quedándonos Granados y yo con cuatro oficiales para incorporarnos á ella un poco mas tarde. Habria trascurrido una hora, y nos disponiamos á mandar ensillar los caballos, cuando súbitamente nos vimos cercados de veinte hombres con blusas rojas iguales á las del enemigo que empezaron á hacernos fuego. Granados saltó de la cama en donde estaba á medio vestir y con pistola en mano se lanzó al encuentro de los asaltantes: uno de ellos lo conoció luego y dió el grito de ¡viva el coronel Granados! que hizo caer las bocas de los mosquetes asestados contra nosotros para hacer una segunda descarga.

Era una guerrilla de pronunciados que se habia aparecido en el campo al olor del botin y que habia